

- Pruebas, señora, pruebas.

Y que era lo único que necesitaban, lo único que "de estarlos produciendo"; pruebas nada más y ninguna larga serie de explicaciones o justificaciones o alegaciones que poquita luz iban a arrojar sobre.

Y que si tan difícil era una cosa tan sencilla de entender.

- No - aunque sí que no lo dije.

No pronuncié ninguna palabra y me limité a megar con la cabeza, trapeando saliva con la garganta seca, y a mimular buscar en el bolso tan sólo por hacer el peripé sabiendo que allí nada más había cosas sin importancia de uso cotidiano como uno o dos todo lo más puñales de arroz del día anterior.

Y que por el amor de Dios.

Quise contestar... protestar, sería

más exacto aunque no me sentía con su-
periores fuerzas "a Dios ni me lo nombro,
y al amor tampoco", pero me contuve
cerrando despacio la cremallera del bolso
igual me hizo para nada irremediable.

- ¿Ha buscado bien?

- Si - aunque sí me tampoco lo
dije, y me me limité a asentir con la ca-
beza lo mismo que antes tragando saliva
con la garganta igual de seca.

- Pero, vamos a ver - el tono se
me antojó benevolente y me asustó -, conere
te, sin ambages, ni era aquel o no
el mejor rayo de sol de aquella mañan-
a de primavera.

- Era el mejor, ni - afirmé, per-
suadida de estar cavando mi propia
tumba. Pero fue, habida cuenta de
que estaba sentenciada, me limité a
libertad de puntualizar -: El mejor de
aquel lugar, el mejor al que supe
acceder en aquella mañana que...
no sé ni estaré incurriendo en desacato,

era primericial, tal vez, pero aún de
invierno.

- Ya - dejó escapar un suspiro
de alivio, así como quien dice "algo
va a sacarlo de esto" y, tabaleando
sobre el brazo del sillón, concluyó -: y
esto no era justo.

- Ni razonable - mirando yo ni
planesba sobre su afirmación la sombra
de una duda mediante la que se está
viera surgiendo; que me pareció ser
que no -: no señor... En mi opinión,
al menos.

- ¡oh, y se le mira! - se apresuró,
con tanto fuego que me reprendí el
no haber sido más entusiasta; aunque
nunca podría contar con que fuese a
dejar me por ahí.

- Pues eso - aventuré, por tanto -
me coloca en una situación... conflictiva,
cuando menos, ¿no cree?

- Es decir, ni le estoy entendiendo bien, que el hecho de que usted y yo estemos de acuerdo en algo compleja, a su juicio, las cosas.

- Oh, no es propiamente que las complique, es sólo que... - a mi escala lebelidad para encontrar la palabra oportuna en el momento adecuado (mal, por otra parte, que me aquejaba de muy antiguo y había llegado por tanto a integrarse en mi yo y en mi cada instante de tal modo que ocasionalmente se atenuaba o remitía me sentía perdida y como angustiada) vino a sumarme la certeza de que pese a haber recordado, así, de pronto, que había salido de casa sin cerciorarme de que las tijeras me freque después de limpiar una pescadilla estaba en las puntas para abajo me quedaba tan tranquila; y esto, mudo, como dijo, a lo otro... quisiera

decir una intenció tan nueva en
consecuencia o consecuencia. (o en mi-
guna de las dos cosas, porque mi inten-
tativa de preocupaci6n me tomó tan por
sorpresa que me quedé at6nito y en
ninguna manera discurrir podía) con otra tan
vieja, dió como resultado que de la
mano de mi desconcierto me lanzase
sin premeditaci6n a asegurar de su
fidelidad -: que uno de los dos está equi-
vocado o claudicando o traicionando
y, eso, arriba y de al frente es
sólo con el proyecto me acentuó
de fondo hasta aquí vivo con las expec-
tativas de... bueno, toda esta gente.

- Eso es exagerar - dijo una
señora que, junto a su esposo ocupado
de leer los titulares del periódico,
tomaba el sol en la ventana de un
tercer piso -; en ambos casos.

El mundo murmuró algo que
no se entendió y pasó, sin leerlas,
tres o cuatro páginas.

- Cree que se perderá algo de
nuestros, ¿eh? - me contestó con un dejo
de amargura, lanzando una mirada
triste a la pareja.

- No se lo tiene como un
fracaso personal - intervino, ahora sí
de voz alta y clara, el hombre,
cerrando el diario -; es que mi
mujer y yo no somos de aquí,
¿saben? - se quitó las gafas y
tendió los hombros de ella con el
brazo -, sólo he un recuerdo de
vista.

- El desinterés me muestra
por "el proyecto", como lo he denomi-
nado la señora (me lo decía por
mí, claro), es en tal caso muy loca-

ble - elogio mi anciano.

- Si - una joven - parece creta-
mente subato me, ni algo hay que
esperar, lo esperamos nada más
los que vamos a perderlos.

- ¡ Hombre - otro señor, de mediana
edad -, ni siquiera fuere voluntaria-
te esperar, a fondo perdido y aun
que esté de paso, tampoco es que haya
más a despreciar! Se lo!

- Pues yo opino - le joven - que
ese tipo de aportaciones desinteresadas
no deberíamos aceptarlas.

Y repitiéndole alguien el
porqué de tal hecho explicó que se
corría el riesgo de que el espontáneo
esperase, si, y con una actitud muy
positiva - ella no iba a dudarlo, pero
finalizó -, pero algo obvio, más,
~~esperar~~

o incluso pasajero...

- y eso - interino sin dejarla
terminar otro señor, también de
mediana edad pero mejor traído -,
se nos cayó mal, debilita nuestras
fuerzas.

- Esto es muy creto - conozco
un individuo de ^{baja} mediana estatura -;
lo más aconsejable es que se parezca, y
más los interesados, algo simpático,
grande y, ¡eso por descontado!, inmu-
ne a la temporalidad.

- A mí me parece que yo soy hoy
a saber esperar algo así.

- ¡No has de poder!; la niña
dice que no va a poder - expliqué
girando en derredor la computadora,
impecable en su delantal deurdome-
do -, imaginando teniendo, como tiene,

toda una vida por delante.

- La miña le dio "sebes" -
rectificó el camarero del bar, que servía
cervezas a los clientes sentados a la
sombra en la terraza.

- Pues aprenderá - el que
limpaba los cuñales de la flonste
tra - ni de levedad es tan miña.

Y me los niños son como
espaldas y lo anulan todo en
segunda.

Pero eso lo era, o en tanto
al menos, fuese dijese "a mi me
parece... etc.". El calificativo de "miña",
lizo entre el vendedor de coches usua-
dos, la carnicera lo había pronunciado
en tres ocasiones.

- ¿De teras? - repuso la inculpada,
pensativa, sin dejar en obstante de comer

hiletas de babilla. y sin esperar
respuesta -: Pues esto me preocupa
porque, este persona mañana,
cuando mi marido me le preguntó
si quería ser de mercaja y le
le conté todo me río, también se
le preguntó de que mi hijo era...
"mordaz", le dicho. y yo no
soy así.

- ¡Vaya afirmación peregrina! -
advirtió a media voz alguien a
quien todos llamaban "Zorro" y,
en tono más alto
viendo que le caía encima
los hiletas y se los entregaba
al repartidor de telegramas -: ¿A
quien toca ahora?

se tocaba al instalador
de todas las, tras intentar usar bu

Saberse útil
Saberse amado
Saberse respetado
Saberse admirado
¿Será posible saber tanto?



Hitte con excusas absurdas que me
che acordé, hubo de acabar confesando
que se habia asegurado en la
bancera y tenía un brazo ese yo
ledo. Esto dio lugar a un mo-
mento de confusión rayado al pi-
nico, que se resolvió sin embargo
felicemente cuando, casi en un suspi-
rullo y sin darle importancia,
la prima de los del tercero pidió
diferentes gramos de hipodermis de
pollo.

- Ahí la trenca - apuntó
algunos de quien se extendió,
como requiero de pólvora, el
momento de que era la madre -
tan sencilla, cuando ayer me
me daba de enviar un telegrama
ma urgente sin haber logrado

Como las hojas del cuaderno están escritas por una sola cara sólo he escaneado la de la derecha; excepto cuando hay alguna anotación, o corrección o algo...

La causa de la causa.

- El fallo - adujo una señora vestida de lentejuelas - así en me haya que enviar telegramas tan temprano.

- Y más - abundó un caballero de porte magnífico, sí, pero me vestía ropas muy ruidas - considerando me a los jóvenes siempre se les pegan las rebabas.

De modo que, por una razón u otra, el asunto se iba desvaneciendo - como usted podrá observar - de su cauce. Si las cosas continuaban así se me echara el tiempo encima... y eso hubiera comentado me me hubiera por arroz.

Usted podría alegar me un furioso - o incluso un cacillo - de más o de menos es irrelevante.

Podría yo, ^{se} ~~puedo~~ ser flexible aunque

no lo era, desde le razón en el
punto; me es imposible, siempre,
pasar por alto el asunto del
trato de el hombre cuenta de que,
inexorablemente, la mancha acau-
taba.

x x x

y agregó que estaba enfermo
y era muy anciano.

- No hago cargo - repliqué -
pero no sé de qué modo mi inter-
vención mitigaría su pesadumbre.
A menos que, simulando un desfo-
to - con tantas cosas como lleva en
su cabeza a medida que iba a extra-
ñar, omita en su favor alegar lo del
su dicho puñado...

- Tenga en cuenta - me recordo
en un rasgo de lealtad digno de enco-

uno - que debe considerarse la posibilidad de que sea un excito.

- Aun así.

Se le hundieron los ojos y sus labios se movieron en un murmullo ahogado del que emergieron, entrecortados, fragmentos de palabras en los que el más torpe y hasta el menos vaidoso habrían leído sin dificultad.
"no sé cómo se lo podré agradecer".

Yo no soy, ya me vale a calar, ni del todo torpe ni excesivamente vaidoso para entender pero ni lo bastante cobardo para darle cuenta de que, ni en efecto y mundo

fel a la palabra me como caba-
llo y tan a la ligera supertes de-
omita y no afeba, la primera
victima del desastre sera innui-
blemente yo.

Azi del cas, desme la
mitada y puto oido atento a
no se me sounde que el fin de
mi esender ni ver su gratitud
considerando que, ni no la acogia
y no se justelaba en mi memoria,
ni en mis sentimientos, ni en mi
razon, conservaria la libertad de
poder ocherme atias y, luego "oh,
bueno, hera un tanto en la cabeza
que olvidé misurar el despoite que
le prometiera y omitir".

Es más, llegado el caso aún
dijo "no sé cómo podí haberme
perdido".

Y, bueno, si no he oído
mal la cuenta es que sus
tránsitos pueden ser pero sin mayores
problemas de no sufrir el delagrado.
debe imprevisto de me, ella, sin
reflexiones como ni debían reflexio-
nada hasta la fecha total sus pre-
decesoras, abiera meramente el
bolón... fuese decir de la otra
vez de la memoria y lo abre, por
primera vez, ni, en realidad, para
extraer, con gesto distraído, el paquete
no volvería a me aludirse.

- ¡Pero eso es tonto! - cari

gustó poco menos que fuera de mí
algunos a quien todos llamaban
"Leionta Camelis", bastante por
esto menos flémicos que su
antecesora pero, eso también, su
portento llevando la cuenta de
los jurados. Y, hija de indignación,
sepetó a la cuitada —: ¿el caso
de noche por ventura?

— ¡Oh! — fue todo cuanto alcan-
zó a articular.

Jugo apretó con desahucio
los ojos, como intentando quitar
al león y, cuando volvió a
abrirlos, me busco con ellos in-
causable hasta que me encontró y
yo, afilado, me reingré a leer
en su tristeza "puñado @ cacillo,

poco importante, mas de unos equivo-
cados de lugar o de momento; al vi-
delo y nfa su camino".

Habra recuperado pues
mi libertad y supongo que eso
debe de ser algo magnifico; sin
embargo, aximado ahora... puedo
decir "entonces" de responsabilidad
alguna, senti el irrefrenable im-
pulsio de acercarme a lo señore
Camelia y:

- O por desventura, pero ni -
y asi abundó - : noche cerrada.

- ¿Do me está hablando? - ya
he notado que era menos flemitosa
que lo anterior; se la notaba por
tanto enteramente perpleja.

Siempre habia opinedo de

mi mundo me voy... o era poco
peleón, pero al verla ahí... o allí,
con la presencia de alguien tan por
los suelos, no me supe sustraer
a la multiplicidad de presen-
ta:

— Las veintinueve cero cinco,
o diecinueve y siete. Pero, vamos, que
las once bien dadas seguro me sí.

— ¡Cielo santo! — exclamó,
viendo con una astucia que su-
ba sincera al tiempo que, con su
leve movimiento de la mano, indi-
có al momento que podía pro-
der. Y, sin la indignación que que-
rpetara o espetase, con adorable
dulzura infinito —: ¿Dónde ha
estado usted tanto tiempo?

Aunque de inmediato se